

# Circularidad

Ana Bardruello



Image not found.

## Capítulo 1

Todos los días, y a la misma hora, Samanta atravesaba el parque ubicado frente a su casa para llegar a la pequeña tienda de libros usados que administraba. Era tan fácil vivir allí que ya no podía recordar los años que llevaba en aquella comunidad. Los vecinos eran amenos y las diferentes casitas le daban un aspecto residencial que le resultaba agradable.

Una mañana cualquiera se dispuso a cruzar el parque con la misma tranquilidad de siempre. Al igual que el día anterior, estaban los mismos corredores, los mismos encargados de limpieza y los mismos paseadores de perros. El grupo era igual desde que podía recordar, pero es que la vida allí carecía de sobresaltos; así que los días solían acumularse en una masa indescifrable de tiempo.

Estaba a medio camino cuando una figura a su derecha le llamó poderosamente la atención. Sentada en una banca, que hasta ese momento jamás había sido ocupada, se encontraba una mujer leyendo un libro. Samanta ralentizó su andar azorada ante aquel nuevo descubrimiento. Conocía el rostro de cada uno de los que frecuentaba el parque. La cara de esta mujer era como una mota de polvo en un paño blanco recién lavado.

«*Debe ser una vecina nueva*», se dijo para apaciguar el leve malestar que le introdujo ese cambio de rutina.

Llegar a su trabajo, donde todo estaba como ayer, la tranquilizó. Pero cuando se acercó la hora de cerrar, a pesar de haber tenido un día monótono para calmar sus nervios, estuvo a punto de romper con la rutina y rodear el parque para volver a su hogar.

Sabía que estaba siendo irracional; mas, no podía evitarlo.

Armándose de valor, continuó cruzando el parque en línea recta los subsiguientes días. Aun así, cada día la presencia de esa mujer la inquietaba con mayor intensidad. Una tarde, cuando pasó a metros de ella para volver a su casa, el malestar que solía presionar sus sienes descendió hasta sus manos y las hizo temblar. Samanta casi corrió desesperada hacía su casa. Por primera vez aquel bello parque le resultó tenebroso y aterrador.

Nadie parecía haber visto la mujer de la banca; mucho menos conocer su nombre o en qué casa del vecindario vivía. Su infausta búsqueda sólo le agravó aún más los dolores de cabeza.

Decidida a terminar con el objeto de sus desvelos y delirios, omitió el malestar de su cuerpo y se acercó a ella bajo el matinal sol de un nuevo

día. Necesitaba saber algo de aquella enigmática mujer, algo que restaurara la tranquilidad de su cotidianidad.

Lo primero que observó al sentarse junto a ella es que, al parecer, portaba el mismo libro de aquella vez. No podía descifrar el título ya que estaba escrito en un idioma que no lograba entender.

La mujer suspiró, pasó una página y, sin despegar la mirada de la obra, habló:

—Esto es una verdadera sorpresa.

Samanta, incrédula, respondió:

—¿Disculpe?

—Mi presencia te perturbó desde un primer momento. Y, niña, déjame decirte que nunca antes me pasó algo así —cerró el libro, fijó la vista en ella y le mostró la cubierta de la obra—. Sé que trabajas en una tienda de libros, pero te apuesto a que nunca has visto uno así. ¿Quieres saber de qué trata?

Samanta no podía encontrar la voz para responder. La mujer, de ojos penetrantes y facciones que no superaban los cincuenta años de edad, le quitaba el aliento. A cada segundo que contemplaba dentro de la profundidad de aquellos ojos negros, su pecho se sentía más pesado; como si una loza de metal estuviera ejerciendo presión justo sobre el tórax.

Dio la bienvenida a la brisa matinal que refrescó el sudor de su frente.

Quiso negarse, pero la curiosidad recién despertada en ella la hizo actuar con impulsividad. Le moduló una respuesta afirmativa sin poder contenerse.

—El libro está escrito en un idioma atávico imposible de pronunciar y que sólo unos pocos conocen. Se trata de una colección de varios cuentos hecha por un compilador desconocido. Tampoco se sabe quién escribió cada relato. Tal vez el compilador decidió que era mejor omitir a los correspondientes autores o que, efectivamente, no cuentan con firma —sonrió—. O, la hipótesis que yo misma me he inventado con los años, son todos y ninguno al mismo tiempo.

»Ya sabes: todos conectados por un ser superior. Sueño de un sueño. Creación de creación. Marionetas que creen sentir, pensar y tener vida propia pero que sólo actúan como otro piensa que debe actuar; y, a su vez, ése actúa como otro le ordena. Nuestra vida, nuestras acciones, no nos pertenecerían. Como el cuento que estaba leyendo: somos producto

del sueño de una persona, y así hasta el infinito. Hasta que el primer ser despierte de su letargo. Anclaros en un tiempo indivisible haciendo una y otra vez lo mismo. El mismo día, el mismo recorrido, las mismas personas. ¿Acaso, esa sensación cíclica, no te resulta familiar?

Samanta quería apartar los ojos de la mujer, levantarse de su sitio y correr lejos. Las bocanadas de aire ya no eran suficientes. Algo, tal vez una parte de su conciencia dormida (¿pero era su conciencia?), estaba gritando en la lejanía.

Su acompañante volvió a depositar el libro sobre el regazo y prosiguió con la misma afabilidad:

—Lamento confesarme contigo, pero eres la primera persona que ha notado mi presencia y la soledad es grande en aquel gran vacío. Porque eso es lo que hay: vacío y sueños. Soy un ser curioso al que han llamado de tantas maneras y al que le han dado tantas formas a través de las centurias. Es agradable ver que un eslabón de la cadena comienza a fallar, pero te prometo que lo que te estoy diciendo mañana lo olvidarás. Dejaré de intervenir y el círculo sin fin volverá a girar.

Todos los días, y a la misma hora, Samanta atravesaba el parque ubicado frente a su casa para llegar a la pequeña tienda de libros usados que administraba. Era tan fácil vivir allí que ya no podía recordar los años que llevaba en aquella comunidad. Los vecinos eran amenos y las diferentes casitas le daban un aspecto residencial que le resultaba agradable.

Todos los días, y a la misma hora, Samanta atravesaba el parque ubicado frente a su casa para llegar a la pequeña tienda de libros usados que administraba.

Todos los días, y a la misma hora.

Todos los días...

Alguien, que se encontraba a siglos, despertó.